

Solemnidad de la Ascensión del Señor - Ciclo A

Fillion

La Ascensión gloriosa del Salvador

En el decurso de los cuarenta días que transcurrieron entre la resurrección del Salvador y su Ascensión gloriosa consoló Jesús a sus discípulos y continuó su educación, que el Espíritu Santo había de acabar el día de Pentecostés. Advertidos por su Maestro, volvieron de Galilea a Jerusalén; fue donde, pocas horas antes de subir al Cielo, les hizo sus últimas recomendaciones y les dio su adiós postrero, según refiere San Lucas así al fin de su Evangelio como al principio del libro de los Hechos. Quisiera la piedad cristiana poseer noticias más puntuales sobre estos últimos instantes que Jesús pasó en la tierra; pero fuerza es contentarse con los que el evangelista nos ha conservado.

El Salvador, recordando el tiempo que había vivido con sus apóstoles, les trajo a la memoria la frecuencia con que les había repetido que se cumplirían a la letra los vaticinios del Antiguo Testamento que a Él se referían:

"Estas cosas son las que os decía cuando estaba con vosotros. Que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos."

"La ley, los profetas, los salmos": esta fórmula representa todo el Antiguo Testamento en sus tres grandes secciones, las cuales, sin distinción, contienen vaticinios mesiánicos. Siendo la Sagrada Escritura de tanta importancia para la doctrina cristiana, a la que sirve de fundamento Jesús, según expresión del evangelista, "abrió la inteligencia" de sus apóstoles para que en adelante fuesen capaces de interpretar por sí mis los textos sagrados. Don magnífico que el Espíritu Santo completará pronto, y por virtud del cual los primeros predicadores del Evangelio sabrán descubrir en la Biblia los vaticinios que se referían a su maestro. Don magnífico que fue concedido asimismo a la Iglesia, depositaria e intérprete infalible del verdadero sentido de los Libros Sagrados. Don magnífico que nos ha procurado las interpretaciones incomparables de Santos Padres como San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, y de nuestros

grandes exegetas católicos. Sólo, en efecto, la luz de lo alto puede hacer entender plenamente los Sagrados Libros.

Luego dijo Jesús:

"Así está escrito, y así era menester que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se predicase la penitencia y la remisión de los pecados a todas las naciones empezando por Jerusalén. Y vosotros sois los testigos de estas cosas. Y yo os voy a enviar el don prometido por mi Padre; entre tanto perseverad en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fortaleza de lo alto."

¡Cómo insiste en la necesidad de su pasión y de su muerte, predichas con tanta claridad por los profetas de Israel! Indica también, aunque muy brevemente, las cuatro cualidades de la predicación apostólica. Se hará en su nombre; anunciará la penitencia y la remisión de los pecados; se extenderá a todas las naciones y comenzará por Jerusalén. La capital judía, como centro de la verdadera religión, tenía derecho a este privilegio, y los apóstoles se guardarán bien de quitárselo, pues dentro de sus muros comenzaron a predicar la fe cristiana con fruto prodigioso.

Algunos de los discípulos hicieron entonces a Jesús una pregunta que, mayormente en aquellos momentos, ha de parecer inoportuna y extraña: "Señor, ¿vas a restablecer ahora el reino de Israel?. Aludían al reino del Mesías, tal como por entonces lo soñaban, según hemos visto repetidas veces, los judíos; reino puramente exterior y político, brillante y fastuoso, cuyos principales súbditos serían los descendientes de Abrahán, y en el que los paganos sólo tendrían derecho de ciudadanía a condición de incorporarse al judaísmo, si ya lograban escapar de las sangrientas batallas que victoriosamente les habían de librar los judíos. ¡Qué inteligencia tan imperfecta tenían aún aquellos discípulos de las instrucciones de su Maestro, con ser tan precisas, y cuán necesario les era el Espíritu Santo! Respondióles Jesús:

"No es de vosotros conocer tiempos o momentos que el Padre (celestial) ha fijado de su voluntad; pero recibiréis el Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda la Judea y en Samaria, y hasta lo último de la tierra".

A estas instrucciones siguió la Ascensión gloriosa, que pone fin a la

vida terrestre de Nuestro Señor Jesucristo. San Marcos y San Lucas la cuentan compendiosamente. Habiendo entrado en el mundo de un modo misterioso y milagroso, misteriosamente también, y por medio de un prodigio, sube a los cielos el Hijo de Dios. Tomando consigo a los apóstoles y a algunos discípulos y santas mujeres que a la sazón se hallaban en Jerusalén —y también a su Madre, según es de creer, pues el día de la Ascensión estaba en el cenáculo con la asamblea de los fieles, los llevó al monte de los Olivos, al sitio que actualmente ocupa la aldea musulmana *Et-Tur*, como a un cuarto de legua, al noroeste, de Betania. De esta célebre colina, algunos días antes había partido el cortejo que condujo triunfalmente a Jesús a Jerusalén como Mesías; he aquí que ahora va a servirle como de escabel para emprender su vuelo hacia el cielo, como Verbo Encarnado. En este lugar glorioso, cuya autenticidad está garantizada por una tradición que se remonta al año 316, hizo construir Santa Elena una capillita en forma de rotonda, que muchas veces ha sido destruida y reedificada, y que los mahometanos han convertido en mezquita, como otros muchos santuarios cristianos. Allí, después de haberse despedido de todos los discípulos que estaban presentes, el Salvador levanto y extendió los brazos para darles una postrera bendición. Y mientras les estaba bendiciendo comenzó a elevarse majestuosamente en el aire, ante las extáticas miradas de los suyos. Pero pronto una nube se lo ocultó de su vista.

Aun después que desapareció, los discípulos, prosternados en tierra en actitud de adoración, continuaban mirando hacia el cielo, esperando volver a verlo. Pero dos ángeles, en forma humana, vestidos de blanco, como en el día de la resurrección de Cristo, se les aparecieron y les dijeron: *"¿Por qué os estáis mirando al cielo? Este Jesús que de entre vosotros ha sido arrebatado al cielo vendrá de esta misma manera"* el día de su segundo advenimiento, al fin del mundo.

Los apóstoles y los discípulos regresaron, pues, a Jerusalén con un gran vacío en el corazón, pues sabían que ya no gozarían acá abajo de la cariñosa presencia de su amado Maestro; pero a la vez llenos de alegría, como expresamente nota San Lucas, porque el Salvador había ascendido a su Padre, para que su santa Humanidad recibiese el puesto honroso que con tantos trabajos había merecido. Así acabó gloriosísimamente la vida del Salvador entre los hombres. Y ahora está sentado a la diestra de Dios, su Padre, gobernando, protegiendo y bendiciendo a su Iglesia, a la que ni sus ojos pierden de vista ni su Corazón puede olvidar. Gracias a Él creció rápidamente, y, a pesar de las sangrientas persecuciones y de las herejías, aun más perniciosas,

que con tanta frecuencia la han hecho guerra, se ha mantenido y se mantiene fiel en la fe y en el amor.

*(**Fillion**, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, Poblet, 1947, Pag. 655/658)*